

# NUESTRA REVISTA MUSICAL, SU PASADO Y SU PRESENTE

por

*Vicente Salas Viú*

Han transcurrido quince años desde que el 1º de mayo de 1945 apareciera el primer número de la "Revista Musical Chilena". Quince años son un extenso lapso para el mantenimiento de una publicación de esta índole y más en castellano. En ese tiempo, surgieron y se desvanecieron numerosas otras revistas musicales. Entre las más dignas de mención, la renacida y prestigiosa "Revue Musicale", de París; las excelentes "Nuestra música", de México, y "Música", de Madrid. Esta última, una de las más serias y ágiles que nunca se hayan publicado en España, lo que no impidió que su vida fuera corta.

En Chile, tampoco antes de la Revista Musical han existido otras de labor semejante, ni por lo dilatada ni por lo profunda. Aunque las revistas "Aulos", "Marsyas" y la "Revista de Arte" de la antigua Facultad de Bellas Artes, que consagró buen número de sus páginas a la música, tengan un alto significado y un indiscutido valor en este aspecto de nuestra cultura.

La "Revista Musical Chilena" no hubiese podido sortear los peligros en que suelen fenecer las de su especie, sin el sostenimiento económico del Instituto de Extensión Musical y sin el apoyo moral de esta misma organización y de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales. Los más asiduos colaboradores de la Revista, desde un comienzo hasta la fecha, han procedido del Instituto de Investigaciones Musicales y del profesorado del Conservatorio Nacional de Música. Así, nuestra Revista, editada por el Instituto de Extensión Musical, ha reflejado con la mayor fidelidad posible el panorama de la vida musical de Chile en todos sus aspectos.

La dirección actual de la Revista me ha solicitado recordar, como su primer director que fui, los días de su puesta en marcha. Todo se produjo con la sencillez que rige, por fortuna, en Chile, hasta para acometer empresas mucho más arduas y su relato cabe en pocas líneas. Domingo Santa Cruz, Decano de la Facultad de Bellas Artes de entonces y Presidente de la Junta Directiva del Instituto de Extensión Musical\*, que

\*Cargo que equivalía al de Director, creado más tarde.

había dirigido las ya citadas revistas "Aulos" y "Marsyas" e impulsó la "Revista de Arte" —ésta, bajo la dirección de Carlos Humeres—, me pidió que tomara a mi cargo el nuevo periódico. Como secretaria fue nombrada doña Filomena Salas, de cuya fervorosa actividad se benefició el desarrollo de la Revista en sus primeros años. El propio Santa Cruz, Eugenio Pereira Salas y el director éramos todo el cuerpo de redacción, sin perjuicio de las colaboraciones firmadas con que también contribuimos.

¿Cuáles fueron los propósitos que nos trazamos y en qué medida se cumplieron durante la primera etapa que cubrió la Revista bajo mi dirección, desde mayo de 1945 a mayo de 1949? La Revista nació para cumplir dos propósitos esenciales, uno mayor que otro. El menor era ofrecer un panorama mensual de todas las actividades musicales de Chile, en reseñas y críticas de conciertos, informaciones de cursos, conferencias y demás aconteceres dentro del país; en la capital como en las provincias; con participación de los conjuntos del Instituto o de los artistas relacionados con él, como sin tal participación. Complemento de todo esto, era una información similar sobre los principales hechos en la música del exterior, con especial atención a la del continente americano. El propósito mayor consistía en proveer a la cultura chilena en la música, en plena pujanza, de un órgano de expresión que recogiese las inquietudes de músicos y estudiosos chilenos de la música, las de los americanos en general y, en la mayor medida posible, las de los europeos. Los ensayos y artículos musicológicos que la Revista contuvo en este tiempo acreditan que este fin también se cumplió y que, si no se alcanzó la amplitud perseguida, no fue por culpa de los que hacíamos la Revista en Chile, sino por la indiferencia de quienes podían haber colaborado con más intensidad en sus páginas. A esto me referiré después con mayor detalle.

Fuera de los dos aspectos sustanciales que he señalado, no es inoportuna alguna alusión a otros que le dieron una especial fisonomía. Santa Cruz tomó a su cargo el Editorial de cada número, donde consideraba problemas quemantes de nuestra vida musical, comentaba tal o cual hecho de relieve o esgrimía una acerba crítica contra la pervivencia de vicios que debían haber sido extirpados (por ejemplo, el de la improvisación en las temporadas de ópera, al que se refirió con frecuencia). Los editoriales de Santa Cruz dieron un tono combativo, saludable, a cada número que aparecía. Pereira Salas prestigió su "Rincón de la Historia", sección permanente de historiografía musical chilena, hecha con

humor y cierto tono nostálgico, que este escritor sabe bien dosificar. En la "Crónica retrospectiva" gozamos de la colaboración de ilustres músicos del pasado, desde Monteverdi a Debussy y Ravel, que examinaban cuestiones palpitantes de su época, en selección de sus escritos, muchas veces poco conocidos. Secciones fijas como las citadas, fueron las de reseña de ediciones (partituras y libros sobre música), de discos y de audiciones de radio. Por último, con la mayor reiteración posible, que nunca llegó a ser suficiente, nos propusimos que se incluyera el estudio de una obra musical chilena, de las consagradas o las nuevas, y análisis sobre los distintos compositores del país. Los números especiales consagrados a Pedro Humberto Allende y a Enrique Soro en esta etapa —que establecieron una norma mantenida en las siguientes—, fueron una culminación de la iniciativa citada en último término.

Para llevar a efecto todo lo que acabo de enunciar, se estableció que la Revista publicase nueve números anuales, en los meses de abril a diciembre, los de mayor actividad musical. En los dos años iniciales, esta parte del programa presupuesto se cumplió con todo rigor. Aparecieron los dieciocho primeros números. Dificultades de diversa índole hicieron que de 1947 a 1949 no salieran los nueve números anuales o se uniesen dos números en un solo ejemplar. Al cerrarse la primera fase de la Revista, en mayo de 1949, habían aparecido treinta y tres números que, con todo, son casi la mitad de cuantos ha publicado la Revista hasta hoy.

Como suele ocurrir, en empresas como la que comentamos se parte con un exceso de optimismo. Si no, ¿cómo se partiría? Pero la realidad acaba por refrenar las ilusiones desmedidas y hasta las que no lo son tanto. Fue la principal nuestra creer que de verdad existía entre los músicos y los aficionados chilenos esa masa, a la que nos dirigimos y que, a nuestro entender, daba caracteres de necesidad a la existencia de una publicación como la emprendida. El Instituto de Extensión Musical, en cinco años (1940 a 1945), había elevado considerablemente el nivel de nuestro público de conciertos. No cabía dudarlo. A pesar de ello, el número de los interesados en conocer la música por algo más que "de oídas", era bastante reducido. Una cosa es oír la música, otra querer compenetrarse con sus problemas, reflexionar sobre sus ingredientes técnicos, penetrar con hondura en su contenido, comprender las inquietudes que en ella se plantean, seguir los rumbos de su estética. Hasta entre los profesionales de la música no halló la Revista los lectores tan numerosos y fervientes con que creyó contar.

No encontramos —la verdad no debe ser expuesta con veladuras, si

algún fruto queremos obtener de cualquier experiencia— el eco, o el amplio eco, que esperábamos entre nuestros lectores chilenos, músicos o simples aficionados. No pudo pasar la circulación de la Revista de los mil ejemplares que se imprimieron en un comienzo y si esa cifra se mantuvo fue porque su circulación en el exterior, en la América hispana, como en la de lengua inglesa y en Europa, iba en constante aumento. Esto hizo que la Revista, nunca con una amplia difusión en Chile, sí se viera mes por mes acrecentada en su prestigio y en las repercusiones que tenía en el extranjero. Los músicos chilenos que participaban en actos musicales del exterior —como ocurrió cuando Orrego Salas visitó Europa en 1949—, nos estimulaban a proseguir el esfuerzo de sostener la Revista. En muchos países, sobre todo en los europeos, lo que se conocía de los músicos y la música de Chile se debía principalmente a la “Revista Musical Chilena”. Justo es decir que ésta llevó a muchos miles de kilómetros de nuestro territorio nacional una respetable impresión del nivel alcanzado por la música en Chile. Naturalmente, que con esto bastaba para justificar la existencia de la Revista. De no contar con otras muchas razones.

Lo mismo que nos equivocamos al medir el fervor con que sería acogida la Revista por sus lectores, hubo su buena parte de error al estimar cómo responderían quienes podían escribir sobre música en nuestra lengua —en Chile y fuera de Chile—, desde que contaran con este medio de expresión, abierto a todos ellos. Hubo una desconsoladora atonía en la respuesta, que supusimos entusiasta. Leer los índices que publicó la Revista de su contenido año por año, en la relación de ensayos y artículos de sus colaboradores, es elocuente a este respecto. Muchas de las personas que escribían o podían escribir sobre música en Chile, despreciaron la ocasión que se les ofreció. Incluso, entre los que nos ayudaron con sus escritos, la mayoría no contribuyó con más de uno o dos ensayos, ¡en aquel lapso y en los diez años más que han pasado desde entonces! Un número reducidísimo, que no llega a media docena de nombres, ha llevado sobre sus hombros el mayor peso de la colaboración firmada en estas páginas.

Con los musicólogos y escritores sobre música hispanoamericanos, sucedió otro tanto. Los nombres de los argentinos Leopoldo Hurtado y Carlos Vega; del mexicano Vicente T. Mendoza; del uruguayo Lauro Ayestarán, y del español Adolfo Salazar, son los únicos que podemos citar, a quince años fecha, como colaboradores con más de un ensayo,

sin pasar de dos y, en casos muy excepcionales, llegando a tres en las páginas de nuestra Revista Musical.

Sobra con lo dicho, sin entrar en mayores detalles, para comprender las limitaciones que se nos presentaron en la primera fase que comento. Tampoco fue posible, vuelvo a insistir, la inclusión en cada número del estudio que quisimos de una determinada composición chilena. Y con todo, el balance al término de esa etapa era bastante positivo. La Revista se había afianzado, gozaba de prestigio y era un meritorio portavoz de nuestras inquietudes musicales en el ancho mundo, hasta en los países donde no se habla nuestro idioma. Así lo constató, como testigo de excepción, Juan Orrego Salas al regresar de Italia en 1949, después de estrenar sus "Canciones castellanas" en el XXIII Festival de Música Contemporánea, celebrado en Taormina. Este hecho, ya aludido, influyó notablemente en determinar el rumbo nuevo que iba a seguir la Revista, lo que llamaremos su segunda fase, desde el N° 34 (junio-julio de 1949) al N° 43 (1952). La dirección de la Revista la asumió desde aquel número el compositor mencionado.

Dos hechos influyeron en determinar ese nuevo rumbo y el cambio de dirección que lo precipitaba. Ya hablamos del entusiasmo que produjo en el señor Orrego ver cuanto representaba la Revista lejos de Chile. Su entusiasmo despertó en él y en el Director del Instituto de Extensión Musical, Domingo Santa Cruz, un legítimo apetito de no sólo mantenerla en lo que era, sino mejorarla. Tal impulso hacia arriba se conjugó con el impulso hacia abajo —desilusión y cansancio—, que empezaba a existir en el director inicial de la publicación, quien esto firma. Y todos estuvimos de acuerdo en que Orrego Salas prosiguiera esta labor, a la que, por otra parte, tampoco podía yo prestar tanto esfuerzo como demandaba. Hacia 1949 era de hecho, aunque no de derecho, como ocurrió desde el año siguiente, el Subdirector del Instituto de Extensión Musical.

Por corto tiempo, la Revista mantuvo su conocida fisonomía. Si desaparecieron secciones como las de "Crónica retrospectiva" y "El rincón de la Historia", ello no suponía cambio notable. De mayor monta fue perder la poca colaboración con que habíamos contado de musicólogos del extranjero, sobre todo de los europeos. Para nutrir las páginas de la Revista casi en exclusivo con el producto de los ingenios nacionales. Estoy seguro que esto no obedeció a un propósito deliberado. Pero fue un hecho que se produjo, fácil de constatar con el repaso de nuestras colecciones. De mucha mayor trascendencia fue la tercera modificación. De un volumen razonable de 70 a 80 páginas por número (que Dios sabe

los esfuerzos que costaba mantener como cosa viva y no simple relleno de páginas), la Revista aumentó su tamaño al doble, 120 a 150 páginas. Debíó pensar, el nuevo Director, que era posible sostener en Chile un derivado del neoyorquino "Musical Quaterly", sin abrir los ojos a la experiencia de la casi imposibilidad de dar vida a un esfuerzo mucho más modesto, el que alentaba desde hacía cinco años. La tentación debió ser fuerte para un músico joven, pleno de impulsos. No hay duda que hacia el "Musical Quaterly" chileno tendían sus ambiciosas miras. Porque desde 1950, la Revista se transformó en un quaterly (cuatro números al año), que saldrían a razón de uno por estación: otoño, invierno, primavera y verano. En 1951, con el número de otoño, dejó la Revista de seguir el ciclo de las estaciones, recién emprendido el año anterior. En 1952, ya no salieron sino dos números, los últimos bajo la dirección de Orrego Salas, que renunció a seguir al frente de esta tarea y de toda otra en el Instituto de Extensión Musical.

Don Domingo Santa Cruz había jubilado y cesado, por tanto, en la dirección del Instituto, a fines de 1952. No quiso el señor Orrego continuar en este organismo, por razones que no tienen que ver con la Revista Musical misma y que no hace falta aludir en este escrito. No obstante, para aclarar ciertos conceptos, es necesario hacer saber que este compositor desempeñaba la crítica musical en "El Mercurio" y redactaba las reseñas de esta índole en la Revista. Desde las columnas de "El Mercurio" criticaba la labor del Instituto, abarcando desde el carácter de las temporadas, directores y solistas incluidos, selección de obras, hasta el último detalle de su realización en los conciertos.

La crítica de la Revista Musical es natural que en todo correspondiera a las de "El Mercurio", nacidas de una misma pluma. Los músicos—directores, solistas y de los conjuntos—, afectados por el continuo ataque a cualesquiera de sus actuaciones, elevaron sus quejas hasta la Junta Directiva del Instituto. Tenían en ella representantes calificados y con fuerza de opinión en sus resoluciones.

Cuando llegó a plantearse como incongruente que la Revista sostenida por el Instituto se hubiera constituido en un agresivo órgano de publicidad contra las actividades por él cumplidas, lo que fue una desdichada decisión, cayó por su propio peso. Resolvió la Junta que la Revista no contuviese en adelante crítica, sino informaciones sobre los conciertos y que, para resaltar la ecuanimidad de éstas, en cada número se recogiera un resumen de las opiniones vertidas por los críticos de los diarios, tanto las favorables como las adversas. El señor Orrego no

aceptó este criterio y la resolución de la Junta pesó entre las demás consideraciones que lo llevaron a renunciar en toda participación en la obra del Instituto.

Al considerar en conjunto la gestión del señor Orrego como Director de la Revista, se destaca hasta qué punto los ambiciosos fines que se propuso no se alcanzaron. La magnificación de la Revista —salvo en ciertos números, como el dedicado a J. S. Bach— lo fue tan sólo en lo externo. Iba mucho más allá de lo hacedero con nuestros recursos. Más con los espirituales que con los económicos, debo precisar. Ya que, en este sentido, el Instituto no dejó de sostener, y con grandes pérdidas, la publicación que siempre estimó necesaria al esplendor de la cultura musical del país. Consecuencias nada desestimables de la magnificación a que aludo fueron la pérdida de la regularidad con que la Revista se había venido ofreciendo, una pavorosa disminución del número de sus lectores y, en suma, la crisis que, gestada desde 1952, acabó por paralizar la publicación en 1953. En este año fue imposible reanudar su salida.

La tercera fase comprende los números publicados desde 1954 hasta 1957. Fueron éstos, los 44 y 45 (1954), bajo la dirección de Leopoldo Castedo, y los 47 a 51 (1954 y 1955), bajo la dirección de Pedro Mortheiru. Un total de siete números en dos años y de números en los que se había vuelto al formato de los comienzos.

Característica general de esta etapa fue un esfuerzo por recuperar, en circunstancias especialmente dificultosas para la vida del Instituto, la Revista Musical que se había perdido tras del ensayo infructuoso por mejorarla. Cuantas tentativas se hicieron por poner al frente de la Revista a una personalidad destacada en la música o en la musicología, fracasaron por una u otra causa.

Ya que aludí a las dificultades a que tuvo que hacer frente el Instituto en aquel tiempo, tal vez sea oportuno agregar que no era la menor la apatía o el franco rechazo que encontramos al solicitar, en este menester, como en otros, la colaboración de los que estaban moralmente más obligados a asistirnos en la ardua labor emprendida contra viento y marea. Contra un gobierno hostil a las instituciones musicales de la Universidad, desde el Presidente de la República a la señorita Alcaldesa de Santiago, pasando por todos los personajes intermedios. Sin tampoco mucha asistencia de aquellos que debieron sentirse con nosotros en una causa común por la cultura del país.

En lo que a la Revista Musical se refiere, por razones semejantes a las aludidas, nos vimos obligados a recurrir al mejor expediente de que

podimos hacer uso o, si se quiere, al que nos pareció mejor a quienes debíamos encontrar alguna solución entre las pocas que se nos ofrecían. Tomó el director del Instituto la supervigilancia y la orientación técnica de la Revista y se puso en manos del que figuraba como director de ella —y en realidad era una especie de jefe de redacción—, el cuidado de su edición. Ni el señor Castedo ni el señor Mortheiru, aunque no fueran músicos profesionales, no eran personas que no poseyesen una cultura musical y una educada sensibilidad artística, fuera de sus conocimientos literarios. Consiguieron, con la asistencia técnica del Instituto, que la Revista recuperase su tono en los trabajos ofrecidos, en la calidad de sus colaboradores y la regularidad en la aparición de sus números. Como se ha visto, tres en el primer año; cuatro en el segundo. No se pretendió volver a los nueve números anuales de un principio. Y con todo lo dicho, algo indefinido da a los ejemplares de la “Revista Musical Chilena” surgidos en esta tercera etapa el aire de cosa no cuajada y un tanto sin vida. Lo sintieron sus directores y lo sentimos todos los interesados en ella. El señor Castedo que, con tan buen espíritu prestó su ayuda, no tardó en rogarnos que le disculpáramos de proseguir en esa función. El señor Mortheiru persistió en ella por un año.

La falta de opinión crítica, en obediencia a los dictados de la Junta, también influyó en lo apagado de la publicación, en lo desabrido de buena parte de sus páginas.

Un año entero, el de 1956, transcurrió en silencio para la “Revista Musical Chilena”. Nuevo paréntesis como el abierto en 1953, entre las que llamé segunda y tercera etapas de su vida. En 1957, con el número 52, correspondiente a los meses de abril-mayo, la Revista resurge en su cuarta fase, la que hasta hoy se extiende y le ha permitido alcanzar, con el presente, el N° 71.

La distribución de funciones en esta fase última es muy semejante a la existente en la anterior. La dirección práctica, como jefe de redacción, se confió a la señorita Magdalena Vicuña, que unía a su larga experiencia como redactora y colaboradora en la prensa diaria, sensibilidad y conocimiento de las artes. La orientación en lo técnico fue tomada por el Decano de la Facultad de Música, don Alfonso Letelier.

En su fisonomía y en sus propósitos, la Revista continuó también rutas similares a las de su fase anterior. Pero con dos grandes ventajas sobre esa fase. Perfeccionó la regularidad en la aparición de sus números. Gracias a la tenacidad y al espíritu de trabajo de la señorita Vicuña, lo proyectado en este sentido se viene cumpliendo sin merma. A partir del

número 52, la Revista anunció que publicaría un número cada dos meses, un total de seis números por año. En los tres años transcurridos hasta el presente, han aparecido los dieciocho números que debían, veinte con los dos de 1960. Aunque sólo fuera por haber conseguido en su plenitud algo tan esencial a la vida de una publicación periódica, la señorita Vicuña merece el agradecimiento y la felicitación de cuantos se interesan por nuestra cultura musical en este aspecto. Ni siquiera en su primera fase pudo la Revista mantener tal regularidad, tan esencial compromiso con sus lectores y suscriptores, más allá del segundo año, 1946.

La otra gran ventaja que la Revista actual exhibe frente a la del período anterior, es que ha recobrado la colaboración de muchas firmas prestigiosas del extranjero y de las chilenas que se negaron o desentendieron (otra forma de negativa), de participar en su sustento durante los años azarosos de 1952 a 1956. Así, ha respondido con mayor fidelidad al primer modelo de nuestra publicación. El otro mérito de la Revista que ahora se edita, el abrir sus páginas a los nuevos valores, en verdad es ser fiel igualmente a los postulados que la rigieron desde un comienzo. Los escritores jóvenes sobre música, que entonces no colaboraron en sus páginas y hoy colaboran, es porque hace quince años no habían empezado a existir como tales escritores.

Entrar en una crítica de la Revista actual, exponer lo que estimo le falta, cómo mejorarla, equivale a esbozar una visión ideal de su futuro que poco interesa desde un punto de vista personal, por sincero que sea. Desde luego, el mayor mérito de la Revista presente, haber recuperado en muchos aspectos lo que fue la que iniciamos en 1945, es también su mayor limitación. En un proceso normal de desarrollo, es indudable que la "Revista Musical Chilena" de 1960 debería ser mucho más de lo que fue esa publicación en 1945.

Como para otro logros del Instituto de Extensión Musical —y el de que la Revista sea uno de los que honran en gran medida a la organización patrocinante—, creemos que para nuestro primer periódico musicológico se acerca el momento en que será preciso plantearse cómo perfeccionarlo. Sería beneficioso que quienes puedan contribuir a esto se detengan a pensar con cuáles nuevas iniciativas puede alcanzarse una Revista Musical mejor que la actual. El Instituto de Extensión Musical y la Facultad de Ciencias y Artes Musicales deberían promover un amplio intercambio de puntos de vista sobre algo de tanta importancia para la cultura del país y, en general, la de nuestra lengua en cuanto al estudio y difusión de los valores de la música. Se hace ya necesario que, al felicitarnos por la

existencia, a pesar de todos los pesares, de una revista como la que poseemos, nos exijamos unos a otros la reflexión y los esfuerzos que hagan falta para asegurarle el más brillante porvenir. Por supuesto, proyectando sobre él cuanto la Revista es y asegurándonos que participarán en la garantía de ese mejor futuro las personas a quienes debemos la publicación que hoy está en nuestras manos. Eso sería hacer historia viva, la que se forja día por día en una labor fructuosa. De mucho más interés que volver los ojos al pasado para constatar aciertos y errores.